



*Danielle Parker*

FANDOM BOOKS

**¿QUÉ  
TE  
JUEGAS?**

Título original: *You Bet Your Heart*

1.ª edición: octubre de 2023

© Del texto: Danielle Parker, 2023

© De la traducción: Sara Bueno Carrero, 2023

© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2023

C/ Valentín Beato, 21, 28037 Madrid

[www.fandombooks.es](http://www.fandombooks.es)

Ilustración de cubierta: Kgabo Mametja

ISBN: 978-84-18027-68-0

Depósito legal: M-21228-2023

Impreso en España - Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA  
CERTIFICADA

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

¿QUÉ  
TE  
JUEGAS?

*Danielle Parker*

Traducción de Sara Bueno Carrero

FANDOM BOOKS



*Para Betty K. Parker*



# CAPÍTULO 1

**M**e ha llamado a su despacho. Todos los alumnos del Instituto Skyline conocen la tarjeta del director: la infame cartulina de color verde claro y del tamaño de una tarjeta de crédito. Así que cuando Marcus Scott, el autodenominado Hermes de los mensajeros escolares, irrumpe en clase de Lengua Avanzada como si de un escenario de Broadway se tratase, no le presto atención. En su lugar, me yergo en mi asiento y levanto la mano.

—A ver, sí, Sasha —dice la señorita Gregg, mirándonos alternativamente a Marcus y a mí. Asiente para que proceda y las dos sonreímos.

Llevamos igual todo el curso, mi último año de instituto. Ella plantea una pregunta difícil y, mientras mis compañeros piensan, yo ya estoy lista para responder. Como ahora; agito las yemas de los dedos en lo alto mientras espero para responder a la pregunta sobre Shakespeare y su influencia sobre los medios de comunicación modernos.

Pero ese momento nunca llega, pues Marcus se acerca a la señorita Gregg, le entrega la citación y señala hacia mí. Solo cuando se marcha y la profesora desliza sobre mi mesa la endeble cartulina, me doy cuenta de lo que está pasando. Todas las miradas de clase se fijan en mí, y yo me tenso. Sé lo que están pensando porque es lo mismo que estoy pensando yo: ¿qué narices ha pasado?



El director solo me había llamado a su despacho una vez y fue porque tenía que recoger mi certificado de asistencia perfecta. Sin montar demasiado alboroto, recojo la mochila y guardo los lápices, los bolígrafos y los rotuladores en sus respectivos compartimentos, porque sí, todos tienen su propio bolsillo. Luego recojo el resto de mis pertenencias y me marchó. Deprisa. Intento no pensar demasiado en la palabra «ahora», que está rodeada hasta tres veces con tinta negra.

En la sala de espera del despacho, suena una campanita en la puerta que anuncia mi presencia. Doy un paso más y me recibe una mezcla de familiaridad (estudio en el Skyline desde los catorce años y este instituto es casi como mi segunda casa) y novedad, porque nunca vengo al despacho del director. Las paredes están decoradas con fotografías de alumnos de las tres últimas décadas, con una estrella de mar, una nutria marina, un león marino y, mi detalle favorito, olas (porque hacemos la ola sabiendo que somos el segundo mejor instituto público de Monterrey) de fondo. Es lo que tiene ir a un instituto que está tan cerca del océano Pacífico: que es de temática náutica. Entonces reacciona la señora Brown, la secretaria más maja del mundo.

—Si ha venido nuestra mejor alumna —dice desde detrás del mostrador—. Sasha, cariño, me alegro de verte. ¿Qué haces tú aquí?

Me acerco unos centímetros más hacia ella y le enseño la tarjeta del director para que vea que me ha llamado a su despacho; que no es que me esté paseando por el instituto, perdiendo horas de clase. Cosa que ni se me ocurriría hacer. La señora Brown ojea brevemente la cartulina y vuelve a mirarme para esbozar una sonrisa cálida como el sol. Estoy segura de que si todos los institutos de Estados Unidos tuvieran a alguien como ella, la productividad de los alumnos aumentaría que flipas. La gente mejoraría sin más.

—Siéntate, cariño. El director Newton está acabando una reunión y no va a tardar en verte. —Se apoya en el mostrador para reducir el hueco que nos separa. De cerca, le resplandece la

piel oscura. Luce el cabello negro y liso con el mismo corte bob de siempre, y el mechón canoso del flequillo le da un toque malote, como me imagino que sería Tormenta con cincuenta años. O cuarenta, o treinta. Ni idea. La señora B tiene la piel tan perfecta y una personalidad tan divertida que desafía el paso del tiempo.

Intento responder a su amabilidad con una sonrisa.

—Conociéndote, seguro que es por algo bueno; estupendo, incluso. —Entonces me dirige un guiño.

No puedo evitar sentirme... entusiasmada. Me han sacado de clase para llamarme al despacho del director. Llevo un año, mi último de instituto, perfecto; qué narices, toda mi secundaria ha sido perfecta. A lo mejor la reunión trata de eso.

Para variar, no hay nadie más en la sala de espera, así que me siento junto a la puerta del despacho del director Newton. Cierro los ojos y trato de disfrutar de la paz. Del silencio. De unas breves vacaciones mentales, por así decirlo. Pero en cuanto empiezo a relajarme suena la campanilla.

—Aquí la tenemos. Hola, señora B; B de «bonita». —Una voz grave interrumpe mi tranquilidad. Se acabó. Abro los ojos y giro la cabeza.

La señora B se apoya en el mostrador.

—¡Pero bueno! —dice con la misma sonrisa contagiosa—. Ezra, cariño, ¿te han llamado al despacho del director? No me digas que te has metido en un lío.

Desde mi asiento, Ezra no me ve, pero yo sí lo veo a él. Viste una camiseta blanca ajustada y unos vaqueros del mismo color, que le hacen resaltar la piel morena. Lleva recogido el pelo oscuro y rizado en una pequeña coleta alta y luce al cuello una cadena de oro de tamaño medio por fuera de la camiseta. En la oreja le brilla un pequeño diamante y lleva cruzada sobre el torso una cámara negra como si fuese la funda de una espada. Le lanzo un último vistazo y me fijo en el contorno de su rostro, su nariz y su mandíbula, muy marcados. Tiene tan buena postura que los huesos de mi espalda no pueden evitar esgruirse. Tengo que aprender a sentarme mejor.

Ezra.

Debe de notar que lo estoy observando, porque se vuelve ligeramente y cruzamos la mirada como si nuestros ojos fueran imanes. Parpadeo nerviosa y aparto la vista.

Se gira con la citación en la mano.

—A ver si usted lo sabe: ¿a qué viene esto, señora B? —pregunta con una voz mucho más grave de lo que recordaba.

—Ni idea, cariño, pero siéntate al lado de Sasha. No debería tardar. —Con un gesto, le indica a Ezra que se siente en uno de los dos sillones vacíos que tengo al lado. Ezra los ojea, pero no le hace caso. En vez de eso, se queda de pie, incómodo, junto a la entrada.

Mientras que Ezra últimamente va hecho un pincel, yo hago todo lo contrario. Me entran ganas de reclinarme en mi asiento para confundirme con la tapicería. Hoy llevo unas Nike negras, pero no de las de colección, como las Air Max o las Jordan, sino las típicas zapatillas de correr de los viejos, con los cordones desgastados y algo apretados de más. Llevo el pelo largo recogido en un moño despeinado, que indica que ya está acabando la jornada. Hoy no he tenido tiempo de hacerme nada en el pelo. A ver, ni hoy ni nunca. ¿Quién tiene tanto tiempo? Bastante tengo ya con las clases. Y tampoco es que estemos en la Semana de la Moda de Nueva York, ¿no? ¿Qué más da que esté sin maquillar? Inspiro y huelo un tufillo a... Un momento: ¿se me ha olvidado echarme desodorante?

Llevo mis vaqueros anchos preferidos, con rotos, una camiseta de tirantes negra y, encima, una camisa amplia de franela roja y verde llena de agujeros, con las mangas remangadas. Me miro de arriba abajo. Menudas pintas. ¡Ni que fuera a trabajar al ferrocarril! ¿Estoy intentando poner de moda el estilo rural o qué? Es verdad que me da igual lo que piense Ezra, pero sé que puedo vestir mucho mejor. Me miro los brazos: la piel oscura se me ve un poquito seca. Bueno, muy seca, ¿vale? Tengo los brazos repletos de escamitas blancas. ¿A que no me he echado crema? En un acto reflejo, me paso la mano por el pelo. Va todo bien. Estoy bien.

Vuelvo a ojear a Ezra, que ha enganchado los pulgares a los bolsillos de los vaqueros.

¿Lleva mirándome desde el principio?

Arruga la frente y dice con una voz grave y calmada:

—Hola.

# CAPÍTULO 2

**N**oto una presión en el pecho. Ojalá llevara puestos los auriculares, para fingir estar escuchando la NPR y evitar cualquier tipo de conversación con él. Antes de que pueda responder, del despacho del director Newton salen dos alumnos de noveno que claramente han estado llorando.

—A ver, ¿a quién le toca ahora? —rebota en las paredes la voz del director Newton. Siempre es así, como el conejo de Duracell, pero con gafas y una amplia sonrisa. El Instituto Skyline es como su Disneyland, el lugar más feliz del mundo. Supongo que son los ánimos más apropiados para trabajar con chavales.

Aparece el umbral, sujeta la puerta abierta y, con la otra mano, me indica que pase. Salgo de mi trance y me pongo en pie. Ezra da un paso atrás y yo me apresuro a pasar a su lado.

—Ah, tú también, Ezra. Pasad los dos. Sentaos, anda —dice el director Newton.

¿Perdón?

¿Los dos?

Entramos en su despacho, que contiene cuatro sillones negros, una lámpara enorme y una mesa que es un desastre, repleta de montones de papeles, bolígrafos y libros desordenados. No soporto tanto caos. Si me dejase cinco minutos en esta habitación, con unas cuantas carpetas de colores y una etiquetadora, sé

que la dejaría reluciente. Resplandeciente. Fabulosa. Pero no he venido para eso, así que me siento e intento no hacer caso al desorden.

—Sasha, este es Ezra. Ezra, esta es Sasha; también está en el último curso. ¿Os conocéis? —pregunta el director.

Decimos a la vez:

—No.

—Sí.

—No —repito, con algo más de autoridad en la voz.

A ver, igual no es del todo cierto. Si nos ponemos en plan exigente, Ezra y yo sí que nos conocemos. Antes éramos amigos. En realidad, era mi mejor amigo, pero eso fue hace años. Ya no lo conozco. Nos conocíamos. En pasado.

—A ver, conocernos nos conocemos —digo, haciendo lo posible por ignorar las miradas que sé que me está lanzando Ezra.

Ezra se sienta, dejando un hueco libre entre los dos. El director se recoloca la pajarita verde y se pasa la mano por la calva. Sonríe mientras se reacomoda en su enorme sillón. Entonces se aclara la garganta, y sus mejillas cobran un color rosa claro.

—¿Aquí es cuando los chavales de ahora diríais «es complicado»? ¿Es lo que pondríais en vuestro estado? ¿Verificado? ¿Tic azul? —Le retumba la voz al reírse de su propio chiste y nos insta a hacer lo propio.

Espero a que Ezra reaccione, pero no lo hace, así que yo tampoco. Al menos los dos estamos de acuerdo en quedarnos callados.

—En fin. —El director carraspea, enfadado por nuestra falta de entusiasmo por su monólogo cómico.

Entonces acerca la cara al portátil mientras teclea con los índices. Debe de haber encontrado lo que buscaba, porque junta las palmas de las manos y se le iluminan los ojos.

—Vamos a hablar de por qué estáis los dos aquí.

Se aparta de la pantalla, y sus ojos azules nos miran alternativamente a Ezra y a mí. En la sala solo se oyen los fluorescentes del techo, que crujen como si dentro se estuviesen friendo insectos.

—Como ya sabéis, estamos a finales de abril y se está acabando vuestro último año de instituto. Así que, cómo no, ahora mismo estoy centrado en varias cosas. —El director Newton hace una larga pausa. Se ve que domina el arte del suspense—. El profesorado y el personal de administración están preparando las actividades de fin de curso y esas cosas. Los dos sabéis que en el último curso hay muchos aspectos que tener en cuenta, ¿verdad?

Se yergue en su asiento, a la espera de una respuesta. Estoy haciendo todo lo posible por no ponerme a gritar, así que me quedo callada. No me gustan las sorpresas. Ezra se limita a negar con la cabeza como si no lo supiera; como si de verdad le interesase toda esta historia.

—Pues sí, muchos aspectos que tener en cuenta. Muchos planes que hacer: el baile de fin de curso, la gala de conmemoración y, obviamente, la graduación. Es una época muy especial para los alumnos de último curso: hay muchas cosas que hacer, muchos planes en el horizonte. Pero me estoy desviando del tema. Solo quería deciros que, a día de hoy, hay un empate entre dos personas por el puesto del alumno número uno de la promoción y por la beca correspondiente.

Vale, esto sí que me interesa.

La beca. Treinta mil dólares.

—Esto es una novedad tanto para el Instituto Skyline como para mí. Nunca había visto tanta igualdad académica. Las mismas asignaturas y las mismas notas en dos personas distintas. —El director Newton nos señala primero a mí y luego a Ezra—. Una y dos.

—¿Qué? —grito más alto de lo que me habría gustado, pero es que sus palabras han despertado algo en mi interior. No he faltado ni un día a clase, nunca he entregado tarde los deberes y siempre he dado el famoso 110 %.

Antes de que ninguno de los dos pueda decir nada, el director Newton continúa con mayor seriedad en la voz, como si fuese a dar un discurso... o un panegírico.

—Obviamente no es una situación normal y, para junio, puede pasar cualquier cosa, pero quería comunicárselo a los dos porque...

Ezra se remueve en su asiento, nervioso.

—Disculpe, ¿está usted seguro?

—Completamente. Quería hablarlo hoy con los dos para que pudiéramos...

Pero, antes de que el director Newton pueda terminar la frase, me pongo en pie; la mochila se me cae al suelo.

—¡Me lo merezco yo! —se me escapan las palabras de la boca.

—¿Perdón? —El director Newton empuja hacia atrás su sillón, que le rechina.

—Con el debido respeto, director Newton —bajo la voz y me vuelvo a sentar—, pero la número uno de la promoción debería ser yo. Me he esforzado muchísimo estos cuatro años y... y... ¿Cuándo fue la última vez que el número uno de la promoción de este instituto fue no solo una mujer, sino, encima, negra y coreana? Creo que...

Ezra me interrumpe.

—Oye, oye. Un momento. ¿Tú te crees que te lo mereces solo por tu género y tu etnia? —Se ríe de forma fingida y se estrecha el espacio que nos separa. Entonces nos miramos fijamente a los ojos castaños—. Pues en ese caso creo que me lo merezco yo más. Los judíos negros estamos infrarrepresentados no solo en...

—Por Dios, no puedes estar hablando en serio —le replico.

Ezra abre los ojos como platos; se hace difícil no fijarse en la incredulidad de su gesto.

—¿Sobre cómo me identifico? Pues la verdad es que sí. Es justo lo que has hecho tú hace tres segundos —responde Ezra.

—Ya, pero no es lo mismo.

—¿Por qué?

—Se acabó —brama el director. En la sala reina un silencio ensordecedor—. Lo último que quiero es que os disgustéis u os enfadéis por lo que podría o no pasar. Hay muchos supuestos.



Así que dejadme continuar. —Hace una pausa y suaviza la voz—. Estoy muy orgulloso de los dos. De verdad que habéis conseguido algo increíble. Vuestras notas dan testimonio de vuestro esfuerzo. Sin duda son sobresalientes. El alumno con mejor nota media siempre ha sido el número uno de la promoción, pero el segundo con mejor nota es el número dos, que también es un título magnífico. Los dos tendrán la oportunidad de hablar en la graduación. —El mal rollo se hace presente en el despacho—. Pero, por desgracia, según las normas de la beca, solo se la puede llevar uno.

La beca. Lo que más me importa en la vida.

Se me estremece el sistema nervioso central y clavo las uñas en el reposabrazos del sillón. Me noto mareada, débil. Esto no es la buena noticia que me esperaba. No es algo buenísimo, sino todo lo contrario. Es su gemelo malo. ¿Empatada? ¿Con Ezra? De los dos mil quinientos alumnos del Skyline, ¿tengo que ir empatada con él? Me muerdo el interior del labio con tanta fuerza que seguro que me estoy haciendo sangre.

El director Newton me mira directamente.

—Ya sé, Sasha, que esto no es lo que esperabas.

Con un parpadeo, me aclaro los ojos de las lágrimas que se me empezaban a acumular.

Solo puedo pensar en la beca.

No es una beca cualquiera: es un símbolo de todo lo que he vivido. Voy a ser la primera de la familia en subirse al escenario y recibir el título. Voy a ser la primera de la familia en ir a la universidad. Con todo lo que he currado estos cuatro años, tengo que quedar la primera de la clase y ganar la beca. Quiero ver mi foto en el periódico de la ciudad y quiero dar un discurso el día de la graduación. Así que no, no podemos ir empatados a falta de unos pocos meses. Esto tiene que ser una pesadilla. Tengo que despertarme, que salir de aquí.

Por un instante, permanecemos sentados en silencio, un silencio espantoso y húmedo. Respiro despacio, como un ordenador hibernando. Sigo esperando a que mi cerebro, normalmente agudo, rápido y mordaz, diga o haga algo, pero no le sale nada.

Por suerte, un rato después termina por arrancarme el sistema.

—Director Newton, ni siquiera ha estudiado aquí los cuatro años de instituto. ¿Cuentan los cursos que cursó en su centro anterior? En algo tiene que afectar, ¿no? ¿No afecta en nada? Además, siempre llega tarde. ¿Y la asistencia no cuenta? ¡Y nunca trae lápiz a clase! —exclamo, buscando en mi mente cualquier motivo que se me ocurra para defender mi postura.

Antes de que Newton pueda responder, se adelanta Ezra.

—Qué fuerte, SJ. ¿De qué vas? —se burla.

Me encojo de hombros mientras Ezra me mira con odio, como si estuviera esperando a que responda. Pero no pienso hacerlo. Lo dicho dicho está.

Ezra saca pecho y se aclara la garganta.

—Ya que te pones tiquismiquis, he asistido al Colegio Forest Grove, que es privado y, a decir verdad, uno de los mejores centros educativos de Nueva York y puede que del país. Si nos ponemos a pensarlo, Forest Grove probablemente sea más estricto y prestigioso que el Skyline. —Ezra se vuelve hacia Newton—. Con todo el respeto, director Newton. —Luego vuelve a girar la cabeza hacia mí—. Se podría hasta considerar que las notas que he conseguido en el Forest Grove valen más que las que has conseguido tú en el Skyline, por lo que soy un mejor candidato a número uno de la promoción y a llevarme la beca. —Ezra termina su discurso y sonrío, enseñándome el espacio entre los dos incisivos superiores, blancos y brillantes—. Y, por cierto, gracias por sacar el tema de mi vida privada.

Me he quedado tan pasmada que no puedo replicar. No pretendía hurgar en la herida de los asuntos de Ezra y el divorcio de sus padres. Era un simple dato objetivo: que no siempre ha estudiado en el Skyline. Sus padres se divorciaron cuando tenía catorce años y así, de un día para otro, se subió a un avión y se fue a vivir a Nueva York con su padre.

Volvió a California el curso pasado y, cuando empezó a estudiar en el Skyline, los dos nos ceñimos al acuerdo tácito de que continuaríamos tal y como lo dejamos: siendo ex mejores amigos.

Yo lo evitaba en los pasillos y, en clase, él hacía como si yo no existiera, olvidándonos de nuestra historia. Hasta ahora.

—A ver, chicos, vamos a tranquilizarnos. No pensaba que fuera a acabar así esta conversación. Creo que nos estamos desviando del tema...

Ezra gruñe y yo me cruzo de brazos.

¿De qué tema nos estamos desviando? Me esfuerzo por evitar preguntárselo, así que aprieto los labios. No es buen momento para la curiosidad, Sasha.

Las largas noches de estudio, las fiestas que me he perdido... Por no hablar de todo a lo que han renunciado mis padres. El título y la beca no son solo por mí. Mi madre ha renunciado a muchas cosas para que yo pueda estar aquí. Estoy volviendo a agobiarme y noto un nudo en el estómago y otro en la garganta. Me entran arcadas.

Suena el por todos conocido timbre que marca el final de las clases, y la muchedumbre de alumnos sale de las aulas. En la mesa del director Newton empieza a parpadear y vibrar un pequeño *walkie-talkie* que agita los papeles que tiene debajo. El director lo coge y baja el volumen mientras se pone en pie.

Espera un momento a que los dos nos demos por aludidos, y nos levantamos también.

«¡Esto no puede acabar así!», quiero espetar, pero el cerebro me va lento. O quizá todo a mi alrededor vaya demasiado deprisa. No lo sé. ¡Mierda!

—Ha sonado la campana, así que tengo que dejaros. Hay que aplazar la conversación. Voy a estar al corriente de la situación y seguro que no va a pasar nada.

Asiento, con los hombros encorvados. Ezra no dice nada y entorna los ojos.

Nos marchamos del despacho de Newton en silencio. Cuando llegamos al pasillo principal, el director se marcha corriendo y nos deja atrás a Ezra y a mí.

Ezra Philip Davis-Goldberg está intentando destrozarme la vida.

Y tengo que impedírselo.